

Un pícaro italiano que habla español

ALDO RUFFINATTO

Adelantamos aquí los primeros cinco capítulos de la segunda experiencia narrativa de Francesco Spinoglio. La primera, que salió con el título de “El Dorado”, fue publicada en Madrid (editorial Slovento) en el año 2006 y al igual que las obras juveniles de otros muchos autores circuló únicamente entre un grupo restringido de amigos. Sin embargo, los que tuvieron la oportunidad de saborearla vieron que, debajo de una capa bastante espesa de elementos tópicos, en buena medida consabidos y previsibles, se adivinaba el temple de un agradable narrador dispuesto a enfrentarse con los procedimientos más atrevidos, como, por ejemplo, el intento de adoptar el punto de vista del sexo opuesto. De hecho, protagonista del “El Dorado” es una mujer, de nombre María, que actúa utilizando el yo narrativo.

En este “Camino de la gloria”, en cambio, quien habla en primera persona es el mismo autor a cuyo cargo corre la tarea de relatar fragmentos de su propia vida. Sin embargo, el corte autobiográfico no impide que el relato adquiera los rasgos típicos de la novela de aventuras y en especial de la novela picaresca, pues las características del “yo” narrado se acercan mucho a las de un pícaro según los parámetros establecidos por el género literario que lleva este nombre. Es decir que, aún no siendo ficticia, la autobiografía de Spinoglio no tiene nada que envidiar a las vidas de sus famosos antepasados ya que no falta ninguno de sus ingredientes: la forma autobiográfica a través de la cual el protagonista se perfila como un antihéroe, la estructura itinerante, el determinismo que confiere al relato el título de estructura abierta, el carácter moralizante o pesimista, el realismo, la dimensión satírica y así siguiendo. La diferencia radica en que Spinoglio es un pícaro del siglo XXI, nacido en las cercanías Turín y no en Segovia, y en el hecho de que su principal picardía consiste en buscar el espíritu de sus ilustres colegas del pasado a través de un camino bien determinado: la lengua española.

Para saber algo más de Spinoglio, nada mejor que leer el perfil escrito por el mismo autor en la solapa de su primera novela: «Mi nombre es Francesco Spinoglio y nací hace veintitrés años en Casale Monferrato, una pequeña localidad situada a unos 60 km de Turín. Después de cumplir diecisiete años, hice varios viajes a Latinoamérica, durante los cuales redacté todo tipo de información para mi novela titulada *El Dorado*. Estudié Filosofía y Letras en la Universidad de Turín y publiqué pequeños artículos en diarios y periódicos locales. Luego decidí venirme a España, en busca tal vez de una pizca de fortuna que me abriera las puertas hacia un destino exitoso. Estuve viviendo un año en Sevilla manteniéndome con trabajos humildes, después me mudé a Barcelona, ciudad embriagadora que me ha inspirado para la redacción de mi novela. Estudié a fondo la lengua castellana y me enamoré locamente de ella, tanto que he decidido utilizarla en mis escritos. Desde los trece años tengo una obsesión en la cabeza: ser un gran escritor».

¡Que tengas mucha suerte, amigo Francisco!



Camino de la gloria

FRANCESCO SPINOGLIO

CAPÍTULO 1

En aquella época era un chico joven, poco más que un crío. Hacía locuras, me emborrachaba, quería ser escritor. Amaba la buena vida e idolatraba a las mujeres. Representaban mi mayor motivación vital y cada noche soñaba con ellas. Anhelaba putas, locales nocturnos y relaciones imposibles con chicas de ensueño, y esos pensamientos se quedaban estancados en mi mente día tras día, como una foto en blanco y negro que permanece grabada en la memoria y te ayuda a mantenerte vivo, quitándote de encima aquella pegajosa apatía que te empapa la piel.

Aún me acuerdo de aquel triste día de octubre, quizá no tan lejano como a menudo se me antoja. Recuerdo que fue una decisión puntual, repentina e instintiva, que hizo que mi vida cambiara para siempre. Me miré a mi alrededor y olisqueé el vacío que me rodeaba. Vi a personas amorfas y a rostros envueltos en una profunda melancolía, pero ellos no tenían la culpa. Nadie tenía la culpa en Tente, y esa solo era una de las muchas facetas dramáticas que caracterizaban el vivir cotidiano de una pequeña ciudad provincial en el norte de Italia, olvidada de Dios y del Diablo. Me detuve en seco y me puse a reflexionar. Algo no iba bien. Los pensamientos fluían por mi imaginación como sangre viva y drenaban el barullo que reinaba en mi mente. Una voz interior me hablaba. Hey, chico, me decía, ¿es está la vida que quieres vivir?, ¿qué ocurre, Tom?, ¿todo sigue su curso? No te creo, amigo, de veras que no. ¡Entonces espabila, chaval! ¿A qué demonios estás esperando? Tu vida aquí ya no tiene ningún sentido. ¡Haz como los personajes de los libros que leíste en la Universidad! ¡Haz como Don Quijote o como tus queridos pícaros! ¡Coge el primer vuelo y vete de este remolino que te está arrastrando hacia el abismo del mundo!

Di unos cuantos pasos más y volví a detenerme. Me encontraba preso de mi desazón y necesitaba dialogar con Dios: Hola, Dios, ¿qué ocurre? ¿cómo es posible que yo esté aquí atrapado en esta existencia sin sentido? ¿acaso has muerto? ¿has perdido el control? ¿Satanás te ha ganado y ha tomado definitivamente el poder? ¿se te han escapado las cosas de las manos? Tal vez no sea eso. Tal vez solo sea yo quien tengo que lanzarme a la aventura. Yo contra el mundo hasta el final; hasta que vuele sobre las alas del éxito y sea un gran escritor; hasta que me haga tan famoso como para permitírmelo todo, y entonces sí me sentaré tranquilamente a reflexionar y tendré la oportunidad de interrogarme en torno a la vida. Me preguntaré por fin dónde reside la justicia y por qué existe el mal en el mundo, cómo han nacido las putas y por qué hay tantos hombres homosexuales. Todo a su tiempo, naturalmente. Primero tenía que enderezar mi vida.

Salí de mi viaje mental y me paré extasiado frente a una agencia de viajes. En el escaparate había varias ofertas turísticas para pasar una semana en Cuba o en Santo Domingo con todo incluido. Sacudí la cabeza y me fui. Eso ya no me interesaba. Había recorrido Cuba y Venezuela el año anterior por mi cuenta y ya estaba satisfecho. Ahora necesitaba algo más, algo que prescindiese de lo llamativo, algo malditamente natural que me hiciese sentir en paz conmigo mismo, y ese algo no lo encontraría en Sudamérica. Aceleré el paso en dirección a mi casa para ver si se me refrescaban las ideas, pero no se me ocurrió nada. En mi mente aparecían lugares paradisíacos que nunca llegaban a concretarse como algo real, y se quedaban bosquejados en mi imaginación, como un castillo de arena bañado por las olas del mar. Buscaba ávidamente esos lugares en un mapa, pero no los encontraba más que en mi laboriosa fantasía. Entonces me entraba modorra y desistía. Con todo, al día siguiente me desperté con una idea

inconmensurable en la cabeza, una de aquellas ideas que te llenan de nuevas energías. ¡Me iría a España! Allí era dónde vivían todos mis héroes; allí fue dónde se crió Don Quijote; aquel era sin duda el lugar adecuado para los soñadores. Me vestí rápidamente y eché a correr por la calle hasta llegar a la agencia de viajes. Entré envuelto en una energía sobrehumana. Una chica me miraba desde el mostrador con una sonrisa lánguida. La saludé con una expresión risueña y me senté frente a ella. Ya nos conocíamos de vista.

— ¿En qué te puedo ayudar?

— Me gustaría ir a España - le dije - Estoy buscando un vuelo barato, posiblemente para Madrid.

—Vamos a ver.

Digitó algo en el teclado y estudió unos segundos la pantalla del ordenador. Su rostro delataba una evidente ignorancia.

— Hay un vuelo que sale el día 28 de octubre de Milán a las 14 horas - dijo - Llegarías a Madrid sobre las 15.30 horas.

— ¿Por cuánto me sale?

— Depende de cuándo quieras volver.

— No quiero volver - repliqué con una risa sarcástica - Estoy buscando un vuelo de sólo ida.

La chica hizo una ligera mueca y sacudió la cabeza. Seguramente pensaba que se trataría de una broma. Ningún ciudadano cuerdo salía de Tente sin tener primero asegurada la vuelta al nido. Era una especie de obligación de la que nadie estaba exento.

— Va en serio - añadí - me quiero ausentar una temporada.

Me escudriñó durante unos segundos eternos y luego volvió a mirar la pantalla.

— Sólo ida a Madrid te saldría por unos ciento cincuenta euros, tasas incluidas.

Me llevé pensativo una mano a la barbilla.

— Si te lo compró mañana por la mañana - pregunté - ¿el precio va a ser diferente?
Se echó a reír.

— Creo que no - dijo - De todas formas piénsatelo bien. Eres todavía muy joven.

Me levanté y salí de la agencia decepcionado. ¿Qué porras le importaba a ella si me iba para siempre de aquel embudo de ciudad? ¿De dónde coño había salido tanto amor ajeno como para recomendarme que me quedara a marchitar en aquel cementerio podrido? La verdad era que no tenían por qué importarle un carajo mis decisiones, y tampoco disponía de permiso para objetarlas.

Al día siguiente me presenté eufórico en la agencia con el dinero en efectivo para reservar el vuelo. Me atendió la misma chica del día anterior, esta vez con cara sorprendida.

— ¿En serio te vas a ir?

Me limité a asentir con la cabeza, con desdén, como si se tratara de algo frívolo. Mi presunción la fastidió.

— ¿Vas a trabajar? - dijo con ironía mientras me preparaba la reserva.

Bostecé, aburrido por la presencia de aquella mujer tan cateta.

— No lo sé todavía. Veré lo que me reserva el destino.

Soltó una risotada sarcástica y me entregó el billete. Le tiré el dinero sobre la mesa y me levanté asqueado.

— ¡Suerte! - me dijo riéndose detrás del mostrador.

Me volví justo antes de salir y le lancé una ojeada cargada de odio.

— Quizá soy yo quién tiene que desearte suerte - me azucé - Tú sí que la necesitas, de veras. Hasta nunca.

Salí horrorizado, rogando que le dieran por saco.

CAPÍTULO 2

Mis padres no comprendieron mi decisión de marcharme a España, pero ya lo imaginaba. Ellos, al igual que todos mis parientes, me consideraban demasiado verde y creían que estaba tirando mi vida por la borda. La impulsividad de los veinte años me estaba tendiendo una trampa muy peligrosa, y yo me dirigía hacia ella de cabeza. En lugar de perseguir sueños descabellados, debería continuar con mis estudios en la Universidad y sacarme una carrera. Sólo mi padre hizo un esfuerzo para entenderme y, justo la semana antes de mi partida, mantuvimos una intensa conversación, pero no como padre e hijo, sino como si fuésemos dos amigos que acababan de encontrarse después de tanto tiempo, y que anhelaban filosofar sobre la vida.

Siempre me acordaré de aquel famosísimo día en el aeropuerto de Milán, cuando mi padre se quedó detrás del control de la policía y se despidió de mí llorando y saludándome con la mano como un niño que acaba de ser abandonado. Mi pobre padre. Él siempre había luchado por su familia y por los demás, pero a menudo se había olvidado de sí mismo, y ahora su inteligencia estaba enjaulada en Tente, cautiva de un destino mezquino y despreciable. Justo antes de dejarnos, me dejó un paquete que sólo abrí una vez acomodado en el avión. Dentro venían dos libros, una carta y un sobre con trescientos euros. Cogí el dinero y lo guardé en la riñonera con el resto que me había llevado. Después examiné los libros: *Camino de Los Ángeles* y *Pregúntale al polvo*, de un tal John Fante. Leí la sinopsis y vi que ambos contaban la historia de Arturo Bandini, un chico ítaloamericano rebelde que soñaba con ser escritor en Los Ángeles de los años treinta. Sólo más tarde comprendí que aquellos libros fueron los mejores que jamás había leído hasta el momento.

En cuanto a la carta, reconocí enseguida la letra de mi padre y empecé a leerla con un nudo en la garganta. Decía lo siguiente:

¡Buena suerte, Arturo Bandini!

Buena suerte, ya que es lo mínimo que te mereces como premio por el coraje que has demostrado y que sólo pertenece a los que son "diferentes"; un coraje que te permite por fin vencer a un destino rufián y mezquino, que siempre ha intentado pararte los pies con una maldad casi diabólica. Un destino que te ha proporcionado un gran talento, hasta abrirte las puertas para alcanzar cualquier sueño en el que ninguna meta te pareciera imposible, para luego desilusionarte diseminando por tu camino de gloria trampas insignificantes que conseguían frustrar todos tus esfuerzos y todas tus tentativas de éxito.

Leí en una novela que no hay nada más triste que un genio que tropieza con la banalidad del destino. Es una verdad suprema, pero ahora suena otra música. ¡Échate para atrás toda la mierda que tienes acumulada y empieza de nuevo! ¡Entra en tu nueva vida con la seguridad del héroe rebelde que alcanzará el éxito!

Desde hace tiempo supe que un día de estos te irías. Tuve la confirmación en Verona, cuando te llevé a la plaza a jugar y tú te pusiste a perseguir a las palomas. De repente, cansado del juego, te fuiste solo hacia una calle secundaria con el paso firme y seguro del hombre maduro que ha tomado una decisión y que ya no quiere volver atrás. Entonces sólo tenías tres años, pero ya se había encendido una chispa en tu mente que con el tiempo se convertiría en un fuego indomable: el fuego del genio. En aquella ocasión supe que nos dejarías pronto.

Recuerdo también una frase que leí en el Hospital Infantil de Trieste, enmarcada y colgada en la sala de espera. Decía: Vuestros hijos no os pertenecen, aunque viváis juntos. Podéis amarlos, pero no obligarlos a vuestros pensamientos, porque ellos tendrán su propia forma de pensar. Podéis cuidar de sus cuerpos, pero no de sus almas. No queráis que se parezcan a vosotros, sino intentad imitarlos. Vosotros sois los arcos y vuestros hijos las flechas que se dispararán lejos.

Pues así es. La flecha ha sido lanzada muy lejos, y a este pobre arco sólo le queda consolarse con su dolor, un dolor que es bueno vivir, como si fuera un sacrificio en aras de tu felicidad.

Estoy orgulloso de tu decisión y te admiro por algo que yo jamás haría.

Seguramente añoraré las cenas y las conversaciones que mantuve contigo, pero sobre todo añoraré a un amigo, quizá el único verdadero amigo que he tenido en mi vida. Espero que des señales de vida y te mantengas en contacto con tu familia.

¡Buena suerte! En tu porvenir hay sitio para todo, desde ser limpiabotas hasta aspirar al premio Nobel; de todos modos, intenta saborear la felicidad y pasa de lo que digan los demás. Cultiva tu diversidad como un bien preciado, pero acuérdate de que no hay que despreciar la normalidad. En toda película es menester la aparición de actores secundarios.

¡Buena suerte, Arturo Bandini!

Tu Padre

Terminé de leer y rompí a llorar.

Mi padre me había entendido; había entendido mi decisión y la respetaba. Lo quería con toda mi alma, y me sentí por un momento la persona más afortunada del mundo. Ahora no me quedaba otra opción que ir a España cargado de energías, con el firme deseo de cumplir todos mis sueños.

CAPÍTULO 3

En Madrid empecé a saborear mi nueva libertad. Era el único dueño de mi vida y mi imaginación ya no tenía fronteras. ¿Qué hacer ahora? ¿Buscaría un piso? No, demasiado pronto. Primero iría a una pensión, luego ya pensaría en buscar dónde vivir. Cogí el metro y llegué hasta la plaza Mayor. En los alrededores vi una pequeña pensión y decidí entrar a informarme. Me atendió una chica bajita de unos treinta años. Le pregunté si tenían habitaciones disponibles. Ella me miró sonriente.

— Sólo nos queda una habitación individual sin baño - me dijo - Son veinticinco euros por noche.

— Está bien - afirmé sacando con desenvoltura un billete de cincuenta - Me la quedo.

— ¿Por cuántas noches sería?

Esa pregunta me puso en un apuro psicológico y entumeció aquella sensación de libertad absoluta que me poseía. Me quedé pensativo unos segundos y al final opté por no complicarme la vida.

— De momento me quedo una noche - dije con voz firme - Mañana por la mañana le comunicaré eventuales cambios de planes.

— Estupendo - dijo con una sonrisa solar - ¿Me permite entonces su pasaporte?

Le entregué mi documento italiano. Lo examinó y apuntó mis datos en una hoja. Después me devolvió el cambio, junto a la llave de la habitación. Le guiñé un ojo y me despedí de ella. Estaba tan excitado que todo conseguía fascinarme, incluso la minúscula habitación que me habían asignado. Apoyé la mochila en un rincón y me tumbé un rato en la cama, con la mirada fija en las manchas de humedad florecidas por el techo blanco. Me sentía como un dios trascendente, como un héroe legendario de otro tiempo y de otra dimensión, involucrado en una nueva vida mágica y embrujadora que marcaría para siempre mi recuerdo en la eternidad. ¡Viva la vida! ¡Viva Dios y el mundo, y sobre todo viva yo mismo y mi coraje, mi mente genial y mis veinte años recién cumplidos! Me revolqué en la cama y mordí fuerte la almohada para contener un grito de júbilo. Vibraba de energía y me sentía poseído por una fuerza sobrehumana, casi demoníaca. Mi fuego interior ardía con intensidad y mi mente bullía de excitación y de felicidad, como una olla hechizada.

Por la noche salí en busca de todo y de nada. Bajé una callejuela y me detuve frente a un bar de tapas bastante pintoresco. Había un personaje dibujado en la entrada con una capa negra que le llegaba hasta los tobillos y que me resultaba familiar. Cuando luego alcé la vista y leí el nombre del local, el corazón me dio un vuelco tremendo. El bar se llamaba *El Buscón* y

evocaba el famoso pícaro de la novela de Francisco de Quevedo, sin duda una de mis obras favoritas del Siglo de Oro. Había sido aquel libro, analizado en la Universidad de Turín, el que me había empujado a venir a España. Ahora estaba todo claro. Los símbolos coreaban. Mi destino estaba trazado según un plan divino caracterizado por la irracionalidad y la determinación. Finalmente sabía lo que era: un pícaro, igual que el Buscón de Quevedo, un pícaro moderno que se movía en un mundo prefabricado. Entré en el local para cenar y pedí dos jarras de sangría. A la media hora estaba completamente borracho y mi vista examinaba borrosa las paredes atiborradas de frases y de imágenes de pícaros. Todo aquello cobró vida en un santiamén y de repente aquellas palabras se apoderaron de mis sentidos y me atraparon en una jaula literaria que me quitó el aliento. Era todo tan perfecto, tan malditamente maravilloso, que empecé a darme pellizquitos por miedo a que fuese todo un sueño engañoso. Me levanté vacilando y fui a pagar la cuenta. Salí afuera y la brisa otoñal me devolvió los sentidos. El efecto de la sangría se había atenuado y hasta conseguí ordenar mis pensamientos. Bajé la calle hasta la Puerta del Sol y subí la Gran Vía hasta la plaza de España. Estaba sudado y mareado por el vino, pero las estatuas de Don Quijote y Sancho Panza me vivificaron de nuevo. Se erguían imponentes en el centro de la plaza y dominaban a los mortales. Llegué frente a ellos e hice una larga reverencia. La gente me miraba sorprendida, como si estuviera loco, pero a mí no me importaba. Ellos, seguro, rezarían en alguna iglesia deprimente a algún Dios inexistente e inhumano. Pues yo no. Yo estaba rezando de rodillas a mi Don Quijote, el verdadero Dios que me había dado la vida; y lo tenía allí delante, con la lanza tendida hacia el infinito, iluminándome de inmensidad. Él me había guiado hasta allí transmitiéndome su energía soñadora, por eso le pedía protección y éxito en mi nueva aventura por tierras de España.

Estuve cerca de media hora allí parado con los ojos entornados, disfrutando de aquella atmósfera mágica que se había creado, luego me puse en pie y levanté en el aire el puño apretado en dirección a su lanza, ahogando un prodigioso alarido de gloria. La catarsis estaba servida: ¡vamos a comernos el mundo!

CAPÍTULO 4

Tras la catarsis me despedí de mis ídolos y volví a subir la Gran Vía. Un chico sudamericano me entregó una tarjeta de invitación para entrar en un local. Le dediqué unos segundos de profunda atención y vi que se trataba de un cabaret que ofrecía espectáculos en vivo. En dos palabras: una casa de putas. La entrada me salió por veinte euros, pero supe desde un principio que era dinero bien gastado. Bajé por una escalera iluminada con un neon azul y me arrimé a la barra del bar. Había chicas en cada rincón, y todas me miraban con cara sorprendida, como si hubiesen visto a un extraterrestre. Tomé asiento en un taburete y pedí un cubata. Me sentía extasiado y aquellas miradas me hacían hervir la sangre. Al poco rato se me acercó una chica morena, delgada y muy guapa.

— ¿Estás sólo? – me preguntó con un acento del este.

Me encogí de hombros.

— Me encanta la soledad – le contesté con una sonrisa.

— ¿Te puedo hacer compañía?

Con un gesto la invité a sentarse en el taburete de al lado. Una desconocida sensación de picardía empezó a regar mi cerebro.

— ¿Cómo funciona aquí?

Se me arrimó y me dio un beso en el cuello.

— Media hora en la habitación vale ciento cincuenta euros.

— ¿Y cuánto vale la hora?

— Doscientos.

— ¿No me puedes hacer un descuento?

Esbozó una mueca. Seguramente había escuchado un montón de veces aquella pregunta y la odiaba ya con toda su alma.

— Eso no depende de mí – dijo – las tarifas las establece el local.

Esa respuesta también estaba prefabricada y posiblemente yo era el cliente número mil que la escuchaba.

— Vale – dije tomándome un sorbo del cubata – Entonces ya me lo pensaré.

La chica se alejó discretamente y se fue en busca de otra presa. Mi soledad duró cerca de diez minutos, y en ese tiempo hice un rápido repaso mental de mis últimas semanas en Italia. Pensé en mis amigos y en su maldito afán de demostrar algo a los demás; pensé en mis padres y en mis parientes, en la vida gris y monótona que llevaban allá en el pueblo, y entonces me sentí feliz y orgulloso de mi decisión, y me juré a mí mismo que haría todo lo posible por montarme una buena vida aquí en España.

Mis disertaciones fueron interrumpidas por la aparición de una dama rubia despampanante que se me acercó sonriente. Era guapísima, con una melena larga que se deslizaba suavemente por sus hombros delgados. Sus ojos azul marino iluminaban una mirada intrigante. Debía de tener más o menos mi edad.

— ¿Qué tal? – empezó.

— Muy bien – dije con tono seguro – Ya me ha informado tu compañera acerca de los precios. ¿Qué te parece si nos vamos a mi hotel?

Se echó a reír.

— Eso te va a salir un poquito más caro.

— ¿Cuánto?

— Doscientos cincuenta.

Tragué saliva. Era mucho dinero, además yo no estaba en un hotel. Sin duda esa chica se esperaba encontrar una suntuosa habitación, y no una pensión de mala muerte con un cuarto desvencijado que ni siquiera tenía baño propio. Comprendí que me encontraba frente a mi primer gran dilema, pero lo solucioné al instante con un encogimiento de hombros. Tenía en mi habitación más de tres mil euros y podía permitirme ese tipo de gasto sin preocuparme lo más mínimo. No tenía que rendir cuentas a nadie de mis actos y razoné que la situación era más sencilla de lo que pensaba. Vivir en una ciudad provinciana repleta de paletos me había vuelto débil y dubitativo, pero ahora sonaba otra música en mi cabeza. Estaba madurando.

— ¿Hasta qué hora está abierto el local? – pregunté.

— Hasta las cinco.

— Todavía es pronto. Apenas es la una. Voy a saborear mi cubata tranquilamente y luego tomaré una decisión.

Me acarició el muslo con la mano y me lanzó un beso.

— Te esperaré impaciente – me dijo con voz socarrona – Si quieres, ahora va a empezar el espectáculo en la sala del fondo. No deberías perdértelo.

Cogí el cubata y me senté frente al escenario rebosante de adrenalina. Notaba que esa nueva vida, caracterizada por inyecciones constantes de libertad absoluta, me gustaba cada momento más.

Al poco rato salió al escenario la chica rubia junto a dos compañeras y empezaron las tres un baile erótico y sensual. Mientras tanto, una chica colombiana entabló una conversación conmigo.

— ¿Cómo te llamas?

Esa pregunta, tan aparentemente sencilla y banal, prendió fuego a mi imaginación. Hasta ese momento no me había planteado ese problema, si de un problema se trataba. El punto era: ¿allí, en aquel remoto sitio de Madrid, seguía siendo el Tom inmaduro de Tente, o realmente me había transformado en un personaje de la literatura, como por ejemplo un pícaro? Me lo pensé dos segundos y al final opté por la segunda hipótesis; era mucho más divertida.

— Me llamo Guzmán - dije con tono seguro - Guzmán de Alfarache, para ser preciso.
 La chica esbozó una sonrisa irónica y me estudió con la mirada.

— Pues es muy extraño - ironizó - Porque no tienes ni pinta ni acento español.
 Sus palabras me pusieron a la defensiva y empecé a sudar. Mi pequeña ilusión no era tan sólida como había pensado y comenzaba a desmoronarse.

— Ya te he dicho que me llamo Guzmán, ¿qué más quieres?
 Soltó una risotada y me señaló con el dedo.

— ¡Te he pillado! - insinuó - Eres italiano. Tu acento te traiciona.
 Intenté mantener el control de la situación escondiéndome detrás de una sonrisa de segunda mano. ¡Todo culpa del maldito acento! No, así jamás funcionaría. No podía ser Guzmán de Alfarache si no tenía acento español y, por otra parte, tampoco podía limitarme a ser sólo yo. Fue así como se materializó en mi mente un complicado problema de personalidad que me perturbó notablemente. Al final se me ocurrió una idea de repuesto que me permitió salir del engorro. Fueron tres palabras mágicas, pero surtieron el efecto esperado. Le dije: NO TENGO DINERO. La chica hizo un gesto de hosquedad y se alejó, dejando que me recuperara del duro golpe psicológico que me había infligido. Terminé de un trago el cubata y perdí la mirada en un punto vacío del escenario. Estaba pensando demasiado deprisa y necesitaba ordenar un poco los pensamientos. Primero: tenía que definir mi personalidad. ¿Era yo mismo, un pícaro, o las dos cosas a la vez? La noche estaba a punto de terminar, ¿qué diablos haría mañana? Y, sobre todo, ¿valía la pena gastarse doscientos euros en la chica rubia? Intentaba buscar alguna respuesta, pero no se me ocurrió nada. Al final decidí salir del local para tomar aire. Una vez fuera, eché a andar sin rumbo hasta dar con la Puerta del Sol.

CAPÍTULO 5

Un rayo alumbrante se filtró a través de la ventana y me golpeó los párpados dormidos. Abrí los ojos y en breves segundos cundió el pánico en mi mente. ¿Dónde estaba? Miré furtivamente a mi alrededor y reconocí la habitación de la pensión. Cabeceé. Es todo real, me dije, no se trata de ningún sueño, te has ido a España, maldito cabrón. De pronto me atropelló un tren cargado de melancolía: estaba solo en el mundo, desarraigado de mi tierra, sin amigos con quienes reírme o bromear, sin respaldos. Pensé en la fulana de doscientos euros de la noche anterior, pero su recuerdo aparecía borroso en mi imaginación. Me levanté de la cama y abrí la ventana. El fresco aire otoñal dio un repaso a mi memoria: esa noche no había jodido. Sonreí y me froté las manos. Aquello no tenía ninguna importancia. La diferencia entre un putero profesional y un chaval que acude esporádicamente a un club de chicas sólo es una: el segundo siempre se enorgullece frente a la idea de haber resistido a aquella tentación tan inmoral, además de consolarse con la idea de haberse ahorrado el dinero. En mi caso, no hice ninguna de las dos cosas y salí a desayunar.

La plaza Mayor me saludaba con sus tonalidades abigarradas y las terrazas florecían repletas de turistas. Fui a la que me parecía más tranquila y me dejé una fortuna por un cortado y un cruasán. En ese momento me alegré por no haber derrochado los doscientos euros con aquella dama de honor y me cargué de energía. Cogí un periódico y lo hojeé desganadamente hasta toparme con la sección de las ofertas de trabajo. Leí las primeras tres y me detuve. Había algo similar en ellas:

- 1) *Busco comercial. No son ventas.*
- 2) *¿Eres un chico extrovertido y quieres ganar dinero? No son ventas.*
- 3) *Buscamos 5 personas con ganas de trabajar. No son ventas.*

Volví a leerlas y encontré el fallo: no son ventas. La poca experiencia me sugería que esa frase significaba lo contrario de lo que expresaba, así que proseguí con la lectura. Llegué al final y suspiré. Había un gran escollo en ese mar de propuestas: no dominaba bien el idioma y no hubiese sido capaz de vender cantimploras de agua en el desierto. Tenía que buscar alternativas.

De pronto una idea estalló en mi mente de visionario: me iría a Sevilla. Allí era dónde los pícaros empezaban su aprendizaje y a mí me tocaba hacer lo mismo. Madrid era una ciudad demasiado grande y dispersiva. Mis proyectos de gloria no podían funcionar. Volví rápido a la pensión, recogí mis cosas y pagué. La chica en recepción fue muy amable y me explicó el camino para llegar a la estación de trenes de Atocha. Se reía frente a mi engorro por hacerme entender en un idioma que estaba lejos de controlar.

— Los italianos sois muy graciosos – dijo.

Asentí sonriente y me marché con celeridad de mi primer refugio español.

El tren para Sevilla salía a las tres de la tarde, así que tenía una hora para comer. Compré la *Gazzetta dello sport*, periódico cultural de marras, y devoré unos sabrosos bocadillos esparciendo migas sobre la foto en blanco y negro de Del Piero. ¡Qué día! ¡Qué comienzo!

A las tres en punto la locomotora empezó a devorar los raíles y yo me quedé mirando las caras uniformes de las personas que andaban por el andén, y que inevitablemente se iban a perder aquel viaje hacia el mundo del nunca jamás. El tren se deslizaba como un misil y cortaba las áridas tierra de Castilla con sus ruedas afiladas, hasta que el paisaje se enverdeció y aparecieron las primeras marismas andaluzas. Paramos un cuarto de hora en Córdoba y luego seguimos hasta el destino final. El calor impregnaba los asientos, así que guardé el libro de John Fante en la mochila y me quedé dormido, como un niño que no tiene ataduras y chapotea en un mar salado de libertad.

Me despertó el vaivén de la gente por el pasillo del vagón. Un señor me informó de que habíamos llegado a Sevilla. Cogí mis pertenencias y eché a andar por el andén hasta alcanzar la salida. ¿Adónde ir ahora? ¿Qué hacer? ¿Dónde dormir? Esas pequeñas preguntas alimentaban aún más la excitación que bogaba por mi sangre. Saqué mi guía y estudié brevemente el plano de la ciudad: estaba a unos quince minutos del centro histórico. Hubiese podido coger un taxi, pero no lo hice. Fui caminando, observando con atención los rostros desconocidos de la gente, empapándome del olor a embutidos que manaba fuera de los varios bares de tapas diseminados por doquier. Aquella iba a ser mi nueva vida, forastero en el mundo, amigo de todo y de todos, persona misteriosa sin pasado, sin rencores, veinteañero repleto de esperanzas listo para comerse al mundo. Si alguien me hubiese preguntado en aquel momento qué opinaba del suicido, probablemente le hubiese contestado que era cosa de chalados, y que si de algo estaba seguro era de que valía la pena vivir.

El casco antiguo de Sevilla parecía haberme estado esperando desde siempre; las casas blancas acechaban mi paso con sus ventanas entornadas y un viento zalamero soplabá por las estrechas callejuelas, meciendo mi soledad con armonioso compás. Atravesé la plaza del ayuntamiento con la guía en la mano y fui a parar a un pequeño hotel en la calle Zaragoza. Un señor mayor oteó mi entrada desde el mostrador de recepción y me saludó con talante amistoso.

— Hola, ¿qué desea?

Me desojé de la pesada mochila y le dije que buscaba una habitación individual.

— Tenemos una disponible aquí en la planta baja – me explicó – ¿Para cuántas noches sería?

Me encogí de hombros.

—No sé todavía. Un mínimo de tres, supongo.

- La habitación vale 30 euros por noche y necesitaría además un documento de identidad.

Saqué la riñonera donde tenía guardada mi fortuna y le entregué un billete de cien euros junto a mi pasaporte.

— ¿Quiere pagar ya las tres noches? – preguntó.

Asentí con la cabeza.

— Como usted quiera.

Cogió el dinero y me devolvió un billete de diez. Lo rechacé y le hice un gesto para que se lo quedara. El hombre me miró perplejo.

— Su cambio.

— Se lo puede quedar de propina - dije - Me gusta su amabilidad.

— ¿Está usted seguro?

Sonreí.

— No del todo, pero si me da la llave de la habitación acabaré de estarlo.

El tipo entornó los ojos y fingió seguir mi juego tonto. Me devolvió el pasaporte y me acompañó hasta la habitación.

— ¿Está aquí de vacaciones? - se informó.

— No precisamente - dije - Vengo a buscar piso y trabajo.

Suspiró.

— Suerte.

— Gracias.

Entré en mi habitación y me tumbé boca arriba en la cama. La pintura del techo estaba entablando una lucha a brazo partido con las manchas de humedad y la cama chirriaba como una mecedora desvencijada a cada bandazo de mis sueños de gloria. El espejismo de mi imagen retozaba por las paredes melancólicas de aquel cuarto sin ventana, jaula de cristal protectora de mi intimidad, y la sensación de libertad me llevó sobre las alas resplandecientes de la imaginación. Gracias Dios por haberme enseñado el recto camino, me repetía, gracias por librarme de las cadenas que me entorpecían el vuelo. Ahora soy un pájaro solitario que irá cantando por la vida, amante de los seres humanos y amigo de todos, sin distinción de raza, sexo o religión. Hombre de mundo en armonía con la naturaleza, delicado como la brisa primaveral y perseverante como el viento seco de tramontana.

Deshice mi mochila y saqué todo el dinero que tenía: 3500 euros. Era rico. Jamás había visto tanto dinero junto en toda mi vida y me invadió una extraña sensación de invulnerabilidad. Conté y reconté los billetes de cien y los tiré por los aires, hasta que se acabó el revuelo y cayeron prisioneros de la suciedad del piso. Pero no era todo: tenía también dos billetes de quinientos. Los cogí y me observé en el espejo. Vi la imagen de un hombre respaldado por la seguridad económica, sin miedo y sin rencores. Me imaginé con una puta. Ella miraba extasiada los dos ases que tenía en la mano. Me sonreía y me guiñaba un ojo con expresión maliciosa. Al final la conmoción se llevó las de ganar y me conquistó. Le di un billete de quinientos y ella me dijo que pasaría tres días conmigo y que podíamos joder cuando y cuanto quisiera. Me gustó su elucubración y le di el resto; se propuso quedar a mi disposición una semana entera. Me sentí feliz. Luego recogí el dinero y me di una ducha refrescante. Tenía que prepararme para salir: Sevilla me esperaba allí fuera, impaciente, lista para acogerme como un hijo y criarme como debido.